

JUSTO PRIETO

JUN 1964

SARMIENTO, MAESTRO EN LA VIDA Y EN LA MUERTE

Separata de la Revista Universidades N.º 4

UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

UDUAL
LA2317
.P7
Ej. 1

JUSTO PRIETO

SARMIENTO, MAESTRO EN LA
VIDA Y EN LA MUERTE

Separata de la Revista Universidad N. 4

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

Sarmiento, Presidente de la Argentina, puso fin a la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. ¿Cuál fue el impulso que lo llevó a remontar, en 1887, la ruta de los conquistadores, para llegar al país que pugnaba por erguirse en medio de cruentas luchas que se producían dentro de una democracia rudimentaria?

Para algunos, Sarmiento iba solamente en busca de la salud y del descanso. Pero la hipótesis no se presenta aceptable si se considera que no se va a buscar precisamente aquello en un país en el que fácilmente podría dominar el rencor o el resentimiento por la derrota reciente.

El programa de Sarmiento fue otro. Estaba en su pensamiento el motor que había dominado su vida: su misión de maestro, "regenerar la república por medio de la escuela". Se sentía impelido por el impulso de ir a librar los últimos combates de su vida ejercitando su perenne apostolado de civilización. En el número único de *Prensa Argentina*, publicación destinada exclusivamente a rendir homenaje a Sarmiento, se publica una carta del prócer a Luis Varela en la que había escrito que "iba al Paraguay a carenar la vieja nave que tantas tempestades resistió y que empezaba a hacer agua sin que se abriera rumbo alguno en el roble . . ."

Uno de sus amigos, el cónsul chileno en Paraguay, le había expresado en una oportunidad que sería muy útil su cooperación

para la mejora de la instrucción pública en aquel país, a lo que contestó: “Ya esto lo tenía pensado, y era mi propósito formado antes de ir al Paraguay. Por allá hay mucho que hacer todavía, no sólo por la educación del pueblo, sino por el fomento y desarrollo de los distintos ramos de la riqueza que allí tienen y que todavía no saben explotar, cuando la exuberante vegetación del Paraguay les da ancho campo para realizarlo. Todo consiste en el método de mejorar lo que hay, y de sacar partidos provechosos.”

Ya en el Paraguay, con sus muchísimos amigos, analizaba los problemas paraguayos mientras dirigía la construcción de su chalet isotérmico y cultivaba su granja de los suburbios de la ciudad. Allí dijo a dos de ellos, Sinforiano Alcorta y José Macías: “Estoy por cumplir 78 años de edad, lo que ya no me permite ocuparme de política o de escribir nuevos libros, pero en cambio o en desquite, después de concluir la construcción de mi chalet y esté tranquilo en él, me dedicaré a la educación del pueblo paraguayo consagrando a él todo mi empeño en lo que me resta por vivir, pues que la prolongación de mi vida desde esta edad alcanzada, no es más que un apéndice que por gracia todavía se me concede y es necesario aprovechar, lo que todavía puedo y debo hacer.”

El Paraguay estaba en un momento dramático que requería tal maestro excepcional. En aquella época no era posible librar una batalla entre la opresión y la libertad. Había un choque anárquico y despiadado entre los hombres calcinados en las llamaradas de una guerra infortunada, despojos exaltados y sanguinarios de una generación quemada en aras de ensueños, ambiciones e incapacidades, y que no veían otra solución para los problemas políticos que el asesinato en las cárceles, o el acecho del puñal tras las columnas de oscuras recovas y, a veces, en el pedido de intervención a los gobiernos extranjeros, pero jamás en la letra bien muerta de la libérrima constitución de 1870.

Para Sarmiento “la libertad comprende el derecho de equivocarse y de hacerse daño con la libertad misma, porque se trata de un aprendizaje experimental. La libertad defectuosa es siempre mejor que una subordinación perfecta”. Esto condujo hacia

el Paraguay al combatiente que no quería admitir una tregua en la pugna entre la libertad y la tiranía, lucha en la que se había definido con claridad cuando 43 años antes, a la muerte del tirano Gaspar Francia, había escrito en *El Progreso* de Chile, un artículo titulado *Estado actual del Paraguay*, en el que al referirse a los habitantes de dicho país los había calificado como “momias ambulantes en cuya frente llevan la marca de hierro de su despótico señor”.

Su actividad fue propia de un vigor juvenil pocas veces visto en un hombre de su edad. Por aquella época inició el segundo tomo de *Conflicto y armonía de las razas*, y también escribía para los diarios una serie de artículos titulados *El Paraguay industrial*, juntamente con una sistemática campaña periodística propiciando la creación de una opinión pública más poderosa mediante la educación. Crear escuelas, en todos los pueblos y aldeas, aunque fuera en ranchos, si el erario no podía construir locales, era su insistente machacar. Al ocuparse de estos temas tuvo que aludir a la tiranía del doctor Francia. El Ministro de Hacienda, Agustín Cañete, emparentado con el déspota fallecido, lo retó a duelo. Sarmiento, que había adherido al proyecto de castigar a los duelistas con la privación de los derechos políticos, en 1789, aceptó el duelo con ese rasgo de hombría y de juventud tan permanente en él. El Presidente, general Patricio Escobar, prohibió el lance, aceptó la renuncia del ministro tiranófilo y adhirió al homenaje nacional que con tal motivo Asunción tributó a Sarmiento.

Pero los días del gladiador tocaban a su fin. Así lo comunica con toda lucidez a su amigo austríaco Alois E. Flies. Después escribe a Madero: “Soy de bronce, soy un tacho de bronce, pero como ha estado tanto tiempo al fuego, ya está un poco gastado y abollado también”. Y más tarde, a David Peña: “Yo siento que me flaquean las fuerzas, que el cuerpo es débil y que debo emprender un viajecito luego. Pero estoy preparado, porque se necesita poco equipaje; con lo encapillado sobra, pero llevo el único pasaporte admisible en todas las lenguas: servir a la humanidad”.

El mejor homenaje que tributó el alma paraguaya a Sarmiento, yacente en su lecho de muerte, fue la invasión de los

niños a su modesta habitación. Ellos sabían que habían perdido a su mejor amigo, a su mentor y padre.

Toda la ciudad, encabezada por el Presidente de la República, acompañó sus restos al puerto. El Ministro de Relaciones, doctor José Segundo Decoud, dijo: "... esta gloria americana, esta figura austera, se agrandará en el futuro ante la mirada de las generaciones, proyectando en el tiempo y en el espacio la brillante luz de su espíritu, con sus esperanzas y ensueños, con sus patrióticas inspiraciones e ideas, con el ejemplo severo de sus virtudes cívicas y hasta con aquella rara persistencia para la consecución del bien que fue el rasgo distintivo de su genio". Y una niña de diez años dijo en su discurso: "el llorado Sarmiento fue para nosotros un padre, para su país una honra y para el mundo una gloria".

Cuando sus restos llegaron al puerto de Buenos Aires, Francisco Uriburu se puso de pie, diciendo: "De pie para saludar al pueblo paraguayo que recibió el último suspiro de Sarmiento". Y el general Luis María Campos, que lucía medallas ganadas a costa de su sangre en los campos de batalla del Paraguay, dijo: "Hago votos porque algún día, si el pueblo argentino tiene que defender palmo a palmo su territorio, lo haga con la bravura con que lo hizo el pueblo paraguayo al defender su patria". Y Mariano Varela repitió con voz firme y conmovida las palabras que años antes había suscripto como ministro de Sarmiento: "La victoria no da derechos".

Este esbozo sobre Sarmiento en el Paraguay demuestra que basta la recordación de algunos episodios de su vida para rendirle el cabal homenaje. No requiere comentarios ni análisis una vida consagrada a la civilización.

Pero hay algo más: el propio Sarmiento había escrito el epitafio que debió colocarse sobre su tumba: "Una América libre, libre asilo de los dioses todos, con lengua, tierra y ríos libres para todos".

Esta sentencia inmortal hace que del Paraguay nunca se haya ausentado Sarmiento. En esa "rústica Niza mediterránea", como él la llamaba, su nombre está escrito en todas partes: en la educación popular laica, en la agricultura, en la industria y

en el comercio, en las rebeldías contra las tiranías, en las sangrientas afirmaciones de libertad a que el pueblo se ve de tiempo en tiempo obligado.

Gracias a su influencia aún superviva, se mantiene la titánica lucha contra la opresión y su símbolo, que en párrafos tan elocuentes nos enseña en *Facundo*, cuando se refiere a lo que se halla representado por el cintillo rojo. Sarmiento decía al referirse a Rosas: "La cinta colorada que clava a cada hombre, mujer o niño, es la marca con que el propietario reconoce a su ganado".

El recuerdo de ese indeclinable combatiente por la libertad, y sus luchas contra "el verdadero tirano: la ignorancia", ha de amparar a todos los combatientes que se empeñan en ahuyentar la sombra terrorífica de Facundo, que como telón fatídico ha caído sobre algunos países latinoamericanos.